

¿Es toda carne propia para alimento?

Muchas personas tienen conceptos erróneos acerca de lo que debemos y no debemos comer. ¿Qué nos dicen las Escrituras sobre este asunto?

Dios nos ha dado sus leyes para nuestro bien. Ellas nos revelan las verdaderas normas de Dios: cómo distinguir entre el bien y el mal, entre lo bueno y lo erróneo, entre lo que es provechoso y lo que es dañino. Nos enseñan a hacer diferencia entre lo santo y lo profano. Las leyes de Dios también definen cómo nosotros debemos ser santos, consagrados al servicio de nuestro Creador.

A medida que aplicamos las leyes de Dios en nuestra vida, éstas nos ayudan a adoptar una nueva forma de pensar: a pensar más como Dios. También cambian nuestra percepción. Por ejemplo, guardar el sábado y demás fiestas bíblicas va cambiando la forma en que vemos y utilizamos el tiempo. El principio del diezmo cambia nuestra apreciación y uso de los recursos económicos. Y las leyes de Dios que nos dicen qué clases de carne son propias para el consumo cambian nuestra forma de considerar lo que comemos.

Dios espera que los maestros y dirigentes religiosos enseñen a la gente a distinguir entre lo que la Biblia define como comportamiento bueno y comportamiento malo. Por medio del profeta Ezequiel ordenó: “Enseñarán a mi pueblo a hacer diferencia entre lo *santo* y lo *profano*, y les enseñarán a discernir entre lo *limpio* y lo *no limpio*” (Ezequiel 44:23).

Si bien algunas de las leyes de Dios pueden parecer extrañas a nuestro modo de ver, y no captamos de inmediato su verdadero propósito, la verdad es que nos ayudan a evitar muchos males físicos, morales y espirituales. La Palabra de Dios nos da un marco para una vida saludable en los aspectos físico, moral y espiritual. Dios nos ha dado sus principios de salud, limpieza y santidad para nuestro bien a largo plazo, tanto en esta vida como en la venidera (1 Timoteo 4:8).

Uno de los propósitos de nuestra existencia es que aprendamos a basar nuestra vida en las palabras de Dios (Mateo 4:4; Lucas

4:4; Deuteronomio 8:3). La Palabra de Dios —la Biblia— abarca todos los aspectos de la vida, incluso lo que comemos. Muchos no saben que Dios ha hecho distinciones entre lo que debemos y lo que no debemos comer. Otros piensan que tales diferencias no están vigentes en la actualidad. Pero conviene que hagamos a un lado las opiniones humanas y examinemos lo que la Biblia dice sobre este asunto.

Conceptos populares

Muchas personas consumen regularmente varios productos de carne de cerdo, tales como jamón, salchichas y tocino, y no sienten ninguna consecuencia adversa inmediata. Por consiguiente, hay quienes han querido buscar una explicación científica en la razón por la cual Dios les prohibió a los israelitas que comieran cerdo. Una de las teorías sostiene que Dios se lo prohibió debido a que los cerdos son portadores de ciertas enfermedades, entre ellas la triquinosis. Al fin y al cabo, en los tiempos del antiguo

que alguna vez piensan algo al respecto) que consumirla no tiene ningún efecto nocivo ni para la salud ni para la longevidad.

Algo semejante ocurre con los conceptos religiosos. Los teólogos, suponiendo que las leyes de la alimentación humana se originaron en el antiguo pacto de Dios con Israel, han concluido erróneamente que con el establecimiento del nuevo pacto estas leyes perdieron su vigencia. Según este razonamiento, son muchas las leyes del Antiguo Testamento que ya no se aplican en la vida de los cristianos.

Para algunos, el apóstol Pablo confirmó esta perspectiva cuando afirmó: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es” (Romanos 14:14).

Según esta forma de plantear las cosas, el Dios del Antiguo Testamento es visto como “el gran médico”, y Jesús, en el Nuevo Testamento, como “el gran libertador” de los que estaban sujetos a la ley de Dios. Si ana-

Si bien algunas de las leyes de Dios pueden parecer extrañas a nuestro modo de ver, nos dan un marco para una vida saludable en los aspectos físico, moral y espiritual. Dios nos ha dado sus principios de salud, limpieza y santidad para nuestro bien a largo plazo, tanto en esta vida como en la venidera (1 Timoteo 4:8).

Israel la gente no tenía neveras ni refrigeradoras y tampoco existían investigadores que les informaran acerca de los peligros de comer esta carne sin que estuviera bien cocida.

Al parecer, los resultados de las investigaciones modernas han despejado todas estas dudas, porque el riesgo de los parásitos y los microbios desaparece casi totalmente al cocer muy bien estos alimentos. Por lo tanto, muchos concluyen que para Dios es perfectamente aceptable que comamos carne de cerdo. La gran mayoría de las personas que la consumen logran vivir hasta una edad avanzada; pueden concluir entonces (si es

lizamos la lista de los animales limpios y los inmundos que Dios les dio a los israelitas únicamente desde un punto de vista médico, nuestra perspectiva moderna, liberal e ilustrada, nos llevará a despojar las normas de Dios completamente de su valor y a creer que en nuestra sociedad ya no hacen falta tales medidas para preservarnos de las enfermedades. Al suponer que Jesús, sabiendo esto, les ha dado a sus seguidores una libertad total para decidir sobre estos asuntos, llegaremos a la conclusión de que Dios estará perfectamente de acuerdo con cualquier decisión que tomemos.

Esto es lo que enseñan muchas iglesias, pero ¿qué dice la Biblia al respecto?

El punto de vista de Dios

Dios nos creó a su imagen y semejanza (Génesis 1:26-27), y al hacerlo así nos dio la capacidad de razonar. Eso es algo grandioso, pero no significa que seamos infalibles. Dios nos dice: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos . . . Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9). Es Dios, no nosotros, quien tiene la autoridad sobre nuestra conducta (Proverbios 14:12), y esto incluye la clase de alimentos que debemos o no debemos consumir. El gran profeta Jeremías reconoció esto abiertamente: “Conozco, oh Eterno, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23).

Si tomamos en serio lo que estos pasajes nos dicen, entonces debemos examinar cuidadosamente este asunto de las carnes limpias y las inmundas. En lugar de confiar en nuestro propio razonamiento, más vale que estemos seguros de cuál es el punto de vista que tiene Dios al respecto.

El origen de las diferencias

La primera referencia bíblica que encontramos acerca de la diferencia entre los animales limpios y los impuros aparece mucho antes de que los israelitas salieran de Egipto.

Aproximadamente mil años antes de celebrar el pacto con la nación de Israel, Dios instruyó a Noé para que tomara una pareja de animales impuros y siete parejas de animales limpios y los introdujera en el arca (Génesis 6:19; 7:2). Dios no le dijo a Noé que esta era la primera vez que estaba estableciendo la diferencia entre estas dos categorías de animales. Simplemente le dijo: “De todo animal limpio tomarás siete parejas, macho y su hembra; mas de los animales que no son limpios, una pareja, el macho y su hembra” (Génesis 7:2). Dios no tuvo que explicarle a Noé qué quería decir con “limpio” y “no limpio”; él entendía perfectamente a qué se refería Dios y lo obedeció. Si queremos entender lo que Dios quiso decir con esos términos, tendremos que buscar la explicación en otra parte de la Biblia, a saber, Levítico 11 y Deuteronomio 14.

Lo que nos enseña este episodio de Noé es que siglos antes del pacto que Dios cele-

brara con Israel, ya se tenía conocimiento de que había una diferencia entre los animales limpios y los impuros. Podemos ver, pues, que la idea tan difundida de que la limpieza o impureza de los animales existe sólo a partir del antiguo pacto, simplemente no es cierta. Debido a que esta diferencia existía antes del sistema de sacrificios que tenía Israel y antes del sacerdocio levítico, es correcto decir que no ha cesado simplemente porque éstos ya no están vigentes en la actualidad. Como veremos, la Biblia nos enseña que la diferencia entre lo limpio y lo inmundo nunca ha perdido su validez ni su significado.

Si pensamos que esta ley de Dios no había existido hasta el momento en que fue codificada, esto podría llevarnos a concluir erróneamente que bajo el nuevo pacto ya no está vigente porque, como algunos lo aseveran, las únicas leyes que siguen en vigencia son las que fueron reafirmadas en el Nuevo Testamento después de la resurrección de Cristo. Sin embargo, Jesús mismo aclaró en Mateo 5:17-19 que este razonamiento no es válido. Aunque estos argumentos son falsos, nos llevan a considerar un asunto muy importante: la continuidad de la ley de Dios.

La naturaleza de la ley de Dios

Algunas personas aseveran que Dios les permitió a Adán y Eva que comieran la carne de cualquier animal, pero que le impuso restricciones dietéticas a Noé. Otros dicen que Noé podía comer lo que quisiera, a pesar de la diferencia que Dios había manifestado acerca de los animales, porque Dios no

ley de Dios está basada en su carácter, el cual no cambia ni depende de acontecimientos, sucesos o actitudes que ocurran en el devenir humano.

De principio a fin, la Biblia es un libro acerca de la ley. Esto no significa que sea un libro únicamente de derecho. La palabra *ley* es una traducción de la voz hebrea *torá*, que significa “dirección” e “instrucción”, conceptos que abarcan mucho más que un simple código legal. Desde luego, la ley de Dios es más antigua que la Biblia. El apóstol Pablo nos dice que “la ley es espiritual” (Romanos 7:14).

En su esencia, la Biblia es un libro que tiene que ver con las relaciones interpersonales, especialmente la forma en que las personas se relacionaban con Dios en el pasado y, con base en las experiencias de ellas, cómo debemos relacionarnos nosotros con él en la actualidad. La ley de Dios —su instrucción y guía para la humanidad— revela los principios necesarios para poder establecer y cultivar con él una relación íntima que nos conduzca a la vida eterna (Juan 17:2-3).

Con el tiempo, a medida que vamos cultivando nuestra relación con Dios, también iremos aprendiendo más y más a vivir como él quiere que vivamos. Así, nuestras acciones y pensamientos estarán más de acuerdo con su ley y haremos lo que a él le agrada (Mateo 7:21; Juan 14:15; Apocalipsis 14:12).

Cuando entendemos realmente los principios espirituales de la ley de Dios, no nos interesa buscar por dónde podemos escaparnos para no obedecer lo que nos ordena. Cuando disfrutamos de una verdadera rela-

De principio a fin, la Biblia es un libro acerca de la ley. Esto no significa que sea un libro únicamente de derecho. La palabra ley es una traducción de la voz hebrea torá, que significa “dirección” e “instrucción”, conceptos que abarcan mucho más que un simple código legal.

le había prohibido específicamente que lo hiciera. Todo este razonamiento es erróneo por cuanto pasa por alto la naturaleza *permanente* de los *principios espirituales* que constituyen el fundamento de las instrucciones de Dios para la humanidad.

Todas las instrucciones de Dios están basadas en principios espirituales que siempre han existido. De la misma forma en que Dios es eterno (Deuteronomio 33:27; Salmos 90:2), también lo son los principios que reflejan su carácter y su naturaleza santa (Salmos 119:142, 144; Malaquías 3:6). La

ción personal con Dios, nos agrada guardar sus mandamientos y queremos complacerle (1 Juan 5:2). Como este apóstol claramente nos dice: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos” (v. 3). Todos los mandamientos existen para nuestro bienestar físico y espiritual.

¿Ha cambiado algún aspecto de la ley de Dios?

Analicemos otro aspecto de la naturaleza de la ley de Dios. Algunos, teniendo en

cuenta los cambios evidentes que han ocurrido desde los tiempos del Antiguo Testamento respecto a las leyes de los sacrificios y la circuncisión, piensan que la ley de Dios es temporal.

La base de este argumento es la confusión que existe en cuanto a la forma en que se *administran* en diferentes circunstancias los principios espirituales de Dios. El apóstol Pablo, quien escribió acerca de la ley “espiritual” de Dios (Romanos 7:14), también señaló en 2 Corintios 3 las diferencias que existen entre la administración de las leyes de Dios bajo el antiguo pacto y bajo el nuevo.

Sin embargo, administrar las cosas de una manera distinta no es lo mismo que abrogar la ley de Dios, porque como Jesús dijo en Mateo 5:18: “Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. Dios ha instituido, y en ocasiones permitido, cambios en la forma en que se administra o aplica su ley. En todos estos casos, en la Escritura se nos explica el cambio administrativo. En el Nuevo Testamento no encontramos ningún cambio referente a las carnes limpias y las inmundas.

Reveladas, luego codificadas

Es evidente que las leyes de Dios existían mucho antes de Moisés y los israelitas. Por ejemplo, Dios dijo: “Oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Génesis 26:5).

Luego, cuando Dios comenzó a relacionarse con el pueblo de Israel, no formuló ni anunció por primera vez su ley; él la *volvió a declarar* a un grupo de personas que habían estado esclavizadas por varias generaciones en Egipto (Éxodo 12:41). Bajo esas circunstancias, era muy poco probable que se acordaran de ella y mucho menos que la estuvieran obedeciendo. Parte de la labor que Dios realizó con Israel fue codificar su ley para esa nueva nación.

Antes de que los israelitas salieran de Egipto, Dios comenzó a instruirlos acerca de sus fiestas santas (Éxodo 5:1; 12:1-51). Luego, durante su travesía hacia el Sinaí, les enseñó la importancia de guardar su día de reposo semanal, el séptimo día de la semana (Éxodo 16:23), y acompañó esta enseñanza con milagros inequívocos al enviarles una doble porción de maná el día sexto y nada el sábado (vv. 25-29). Cuando algunos israelitas pasaron por alto esta instrucción y salieron el sábado a buscar maná, Dios los reprendió: “¿Hasta cuándo

no querréis guardar mis mandamientos y mis leyes?” (v. 28).

Esto ocurrió *antes* de que los israelitas llegaran al desierto de Sinaí (Éxodo 19:1-2). Fue allí donde Dios codificó el mandamiento de guardar el sábado como parte del Decálogo (Éxodo 20:1-17). Además de los Diez Mandamientos, Dios también les dio a

los israelitas sus juicios y estatutos —preceptos prácticos que les ayudaron a aplicar correctamente la ley— y más instrucciones acerca del día de reposo y las fiestas (Éxodo 21-23). Dios les prometió que si lo obedecían en todo, los bendeciría físicamente dándoles salud, protección y prosperidad en su nueva tierra (Éxodo 23:25-33).

El propósito de la diferencia

En Levítico 11 y Deuteronomio 14 encontramos las listas de los animales limpios y los inmundos. La primera fue dada a la generación de israelitas que había sido rescatada de la esclavitud en Egipto. En Deuteronomio, Dios repitió e hizo hincapié en sus instrucciones para la próxima generación, que estaba a punto de heredar la Tierra Prometida.

En ambos pasajes se nos explica la razón por la cual fueron dadas estas instrucciones. En Levítico 11 Dios dice que para poder ser “santos” es necesario evitar lo que es inmundos. En Deuteronomio 14 leemos que Israel no debía comer “nada abominable” (v. 3), “porque eres pueblo santo al Eterno tu Dios” (vv. 2, 21). Ser santo significa ser *apartado* o *separado* por y para Dios.

Si examinamos cuidadosamente estos capítulos veremos que el motivo específico por el cual Dios nos prohíbe consumir la carne de animales inmundos es el de la *santidad*. Quiere que seamos santos. Puesto que le pertenecemos, y además nos compró con la sangre de Jesucristo, Dios no quiere que nos profanemos con ninguna clase de contaminación, ya sea física o espiritual (1 Corintios 6:15-20). Para Dios, el hecho de no consumir animales inmundos es una de las señales de la santidad que identifican a todos aquellos que ha apartado para tener una relación especial con él.

Todas las personas que han sido llamadas a tener esa relación con Dios deben reflejar la santidad de él en sus pensamientos y acciones. Dios quiere un comportamiento santo, una forma de vida diferente de la que sigue el resto del mundo. La santidad en la conducta está basada en nuestra actitud hacia Dios, hacia los demás y hacia no-

En su esencia, la Biblia es un libro que tiene que ver con las relaciones interpersonales, especialmente la forma en que las personas se relacionaban con Dios en el pasado y, con base en las experiencias de ellas, cómo debemos relacionarnos nosotros con él en la actualidad.

sotros mismos, que hace que nuestras acciones no causen sufrimiento ni perjudiquen a nadie. Este modo de vivir contribuye a las relaciones positivas y edificantes. Por supuesto, ser santo implica mucho más que no comer carnes inmundas. Jesús habló acerca de “lo más importante de la ley”, o sea la justicia, la misericordia y la fe (Mateo 23:23).

Dios ha dado sus leyes a gente física, y cuando las desobedecemos sufrimos las consecuencias. Por ejemplo, si cometemos adulterio esto bien puede traer como consecuencia la destrucción del matrimonio y de la familia. En Deuteronomio 28 se enumeran las calamidades que ocurrirían a los israelitas si quebrantaban los mandamientos de Dios. Empero, Dios les prometió que si obedecían sus mandamientos, ellos serían su pueblo santo (v. 9).

Dios siempre ha deseado que su pueblo sea santo. Como lo expresó el apóstol Pablo: “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos *santos* y *sin mancha* delante de él” (Efesios 1:4). Por su parte, el apóstol Pedro exhortó a los cristianos con estas palabras: “Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, *sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir*; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:14-16; ver también Levítico 11:44-45). Por supuesto, al decir esto Pedro tenía en mente todos los aspectos de la conducta cristiana, no sólo el dejar de comer carne inmundas.

Pablo también les recordó a los corintios las instrucciones que Dios había dado al respecto: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis

lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 6:17-7:1).

Un cambio de administración

Cuando Jesucristo murió por nuestros pecados y fue resucitado, se convirtió en nuestro Sumo Sacerdote y su ministerio reemplazó el sacerdocio levítico, que había estado vigente desde los tiempos de Moisés (Hebreos 7:11-14). “Jesús es hecho fiador de un mejor pacto” (v. 22), llamado el “nuevo pacto” (Hebreos 8:8, 13).

El ministerio de Jesucristo no anula la ley de Dios. Al contrario, Dios escribe su ley en la mente y en el corazón de todos los que entran en el nuevo pacto (v. 10). Jesús dijo claramente que no había venido para abolir la ley (Mateo 5:17-19). El nuevo pacto, del cual Jesús es nuestro Sumo Sacerdote, tiene “mejores promesas” (Hebreos 8:6), pero no es una ley diferente ni mejor. Entre las mejores promesas están la de la vida eterna y la de la presencia del Espíritu Santo en nosotros que nos da el poder que necesitamos para cumplir la ley de Dios (Romanos 8:4).

En Romanos 6:22-23 el apóstol lo resumió de esta manera: “Ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la *santificación*, y como fin, *la vida eterna*. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”. Un verdadero cristiano se esfuerza por someterse a las instrucciones que Dios le da y vivir una vida santa.

Cuando Dios instituyó el cambio administrativo de sustituir el sacerdocio levítico por el sacerdocio de Cristo, los principios administrativos que se aplicaban únicamente a los levitas dejaron de aplicarse de la misma manera: “Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley” (Hebreos 7:12). La ley a que se refiere aquí es la que estaba explícitamente relacionada con quién podía ser un sacerdote; este precepto no fue anulado sino cambiado (vv. 13-14). El cambio de sacerdocio no abrogó las leyes y los principios que Dios nos dio para nuestro beneficio espiritual y físico.

En tiempos del Nuevo Testamento, la iglesia y los apóstoles continuaron reconociendo y practicando las normas de Dios con respecto a la diferencia entre las carnes limpias y las inmundas (Hechos 10:14). Algunos piensan que esto es algo que se relaciona únicamente con la cultura o la tradi-

ción, pero la Biblia menciona los animales inmundos en ciertos acontecimientos proféticos que aún están por suceder (Apocalipsis 18:2) y también profetiza los castigos que vendrán para aquellos que se nieguen a obedecer esta ordenanza (Isaías 66:15-17). La Biblia continúa designando la obediencia a las leyes acerca de las carnes limpias y las inmundas como una de las señales que identifican al pueblo de Dios.

No debemos avergonzarnos si por seguir las leyes de Dios somos diferentes de la sociedad que nos rodea. Hablando acerca de los llamados de Dios, el apóstol Pedro nos dice: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). ¡Dios dice que su pueblo escogido ha sido llamado a la santidad!

Sin embargo, un cristiano siempre debe ser prudente y discreto en su forma de obedecer y practicar estas leyes, y debe ser cuidadoso para no tratar de obligar a sus familiares y amigos a que sigan estas normas. Como nos dice el apóstol Pablo: “Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno” (Colosenses 4:5-6).

¿Cómo podemos entender las Escrituras?

El apóstol Pablo enunció uno de los principios esenciales del estudio de la Biblia: “Toda la Escritura es *inspirada por Dios*, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17). Cuando Pablo escribió esto, el término *Escritura* se refería a lo que ahora conocemos como el Antiguo Testamento. En ese entonces, los escritos que más tarde se conocerían como el Nuevo Testamento no habían sido reconocidos como parte de las Escrituras; algunos ni siquiera habían sido escritos.

La Biblia se nos presenta como un todo; en ella hay unidad. *Toda* la Escritura es inspirada por Dios y es una guía para la conducta humana. Si queremos entender la Biblia claramente, es necesario que estudiemos todos los pasajes que hay respecto a determinado tema. De esta manera dejamos que la Biblia se interprete a sí misma y nos dé el cuadro completo y coherente sobre cuál es la voluntad de Dios y cuál es su instrucción respecto al tema que estamos investigando.

Si leemos cada pasaje en forma aislada, sin tener en cuenta todo lo que la Biblia nos dice, ésta nos parecerá una simple colección de pensamientos y escritos contradictorios en lugar de la revelación de Dios. Lo que Pablo nos dice en 2 Timoteo 3:16-17 nos muestra la premisa fundamental que debe guiar nuestro estudio e interpretación de la Biblia: *toda* ella es la inspirada revelación de Dios.

En Génesis 9:3 encontramos un caso en el que podemos aplicar este principio acerca de cómo entender correctamente

lo que la Escritura nos dice. En este versículo leemos: “Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo”. Si analizamos estas palabras dentro de un contexto más amplio, vemos que lo que aquí se dice, en términos generales, es que hay tanto animales como plantas que fueron creados para la alimentación del hombre.

En otros pasajes Dios nos especifica que no todos los animales son propios para el consumo humano, como tampoco lo son todas las plantas verdes. De hecho, ciertas plantas y ciertos animales son tan venenosos que incluso pueden ser mortales para quien los coma. Sin embargo, en el reino animal hay una fuente de alimentación para el hombre, según lo establece en términos generales el versículo 3 de Génesis 9.

Algunos que siguen un método erróneo para interpretar las Escrituras afirman que este pasaje anula la distinción entre los animales limpios y los inmundos que existía en Génesis 7. Pero el error de este método consiste en que impone restricciones a la Palabra de Dios en forma arbitraria. El resultado es que las leyes divinas (y, por ende, Dios mismo) parecen caprichosas y arbitrarias. Pero Dios no es así, pues él no cambia (Malaquías 3:6; Santiago 1:17). Las Escrituras no se anulan ni se contradicen, sino que se complementan de tal manera que revelan un cuadro completo de la voluntad del Eterno.

Dios espera que con la guía de su santo Espíritu aprendamos a entender y a aplicar correctamente los principios revelados en su Palabra (2 Timoteo 2:15). □

¿Fueron abolidas en el Nuevo Testamento las leyes alimentarias?

Algunas personas creen que ciertos pasajes del Nuevo Testamento anulan toda distinción entre las carnes limpias y las inmundas. Pero ¿qué dicen realmente estos pasajes?

Según algunos teólogos, con la crucifixión de Cristo se anularon las leyes que Dios había promulgado respecto a las carnes limpias y las inmundas. Para ellos, bajo el nuevo pacto los cristianos ya no tienen que guardar estas leyes. Pero ¿qué es lo que la Biblia dice realmente?

El cambio del sacerdocio levítico al ministerio de Jesucristo fue un cambio administrativo. Sin embargo, este cambio no invalidó la necesidad de que obedezcamos las leyes que Dios ha promulgado (no solamente las referentes a las carnes limpias y las inmundas) como parte de nuestra santificación y separación como pueblo suyo (Levítico 11:44-47; 19:2; 20:7, 22-26; 21:8). Los apóstoles Pedro y Pablo siguieron insistiendo en la necesidad de que el pueblo de Dios fuera santo (Efesios 1:4; 1 Pedro 1:14-16).

Algunos eruditos bíblicos reconocen el hecho de que los miembros de la iglesia apostólica continuaron guardando la ordenanza que prohíbe el consumo de carnes inmundas. Muchos creen, sin embargo, que en el nuevo pacto se ha abolido gran parte de la ley de Dios, y que las leyes referentes a las carnes limpias y las inmundas fueron simplemente costumbres de la cultura judía que se mantuvieron hasta que la iglesia estuvo compuesta por una mayoría de gentiles. Naturalmente, estas ideas preconcebidas han influido en la interpretación de ciertos pasajes bíblicos.

Estudiemos los pasajes del Nuevo Testamento que se refieren a los alimentos. Si analizamos objetivamente el contexto de cada uno, podremos aclarar cuál es su aplicación para nosotros.

La visión de Pedro

Un pasaje que frecuentemente se malentendiendo es el de la visión en la cual el apóstol Pedro “vio el cielo abierto, y que descendía

algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo. Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come” (Hechos 10:11-13).

Creyendo que se le estaba ordenando que comiera animales inmundos, la respuesta espontánea de Pedro fue: “Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás” (v. 14). Esto ocurrió tres veces (v. 16).

Sin terminar el relato, muchos lectores dan por sentado que han entendido el significado de la visión: que Dios le dijo a Pedro que podemos comer de toda clase de carnes. Pero si leemos cuidadosamente, veremos que esto no es lo que Pedro entendió. De hecho, aun después de verla tres veces, “estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto” (v. 17).

Más tarde, Pedro captó el significado de esta revelación: “A mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo” (v. 28). Dándose cuenta del verdadero significado de la visión, Pedro bautizó a los primeros gentiles (es decir, no israelitas) que Dios llamó a la iglesia (vv. 45-48).

El relato nos dice claramente que la visión divina no tenía nada que ver con los alimentos; se refería más bien a personas. Para los dirigentes religiosos de la época de Jesús, los gentiles eran inmundos. Esta idea también había afectado a Pedro y otros miembros de la iglesia, pero esta dramática visión fue en contra de tal concepto. Ahora entendieron claramente que Dios estaba ofreciendo la salvación a todos, de manera que los gentiles también eran bienvenidos a la Iglesia de Dios.

En lugar de abolir las instrucciones de Dios con respecto a la alimentación, lo que estos versículos nos demuestran es que dos

decenios después de la muerte y resurrección de Jesucristo, Pedro *no había comido ninguna cosa común o inmunda* (Hechos 10:14).

Resulta obvio que Pedro no creía que Dios había abrogado sus propias leyes alimentarias, ni que la muerte y resurrección de Cristo las hubiera hecho obsoletas. Por el testimonio propio de Pedro podemos ver que él siguió guardando estas leyes.

Tampoco existe prueba alguna de que hubiera comido carnes inmundas después de este episodio. Está claro que Pedro continuó obedeciendo las leyes de Dios respecto a las carnes limpias y las inmundas porque no había ninguna razón para cambiar. Después de reflexionar detenidamente, pudo entender que en esta visión Dios no estaba anulando lo que había ordenado acerca de las carnes limpias y las inmundas (vv. 17-19, 28). Antes bien, le estaba mostrando al apóstol que ahora también los gentiles podían formar parte de la iglesia (vv. 34-35, 45-48).

Una controversia en la iglesia

Al leer el Nuevo Testamento nos damos cuenta de que existió una controversia respecto a la alimentación. Si examinamos cuidadosamente las Escrituras, podemos entender cuál era en realidad el motivo del debate.

En 1 Corintios 8 el apóstol Pablo da una explicación acerca de “las viandas que se sacrifican a los ídolos” (v. 4). ¿Por qué se discutía acerca de esto?

“En la época de Pablo, frecuentemente la carne era sacrificada y ofrecida en los altares paganos como ofrenda a los dioses. Más tarde, esa misma carne se vendía en las carnicerías públicas. Algunos cristianos se preguntaban si para ellos era correcto comer esta clase de carne que había sido previamente ofrecida a los dioses paganos” (*Nelson's New Illustrated Bible Dictionary*)

[“Nuevo diccionario bíblico ilustrado de Nelson”], 1995).

Es interesante notar (aunque no es una prueba concluyente) que en Hechos 14:13, el único pasaje en el que se mencionan los animales que se sacrificaban a los ídolos, el animal sacrificado era un toro, un animal limpio.

Pero lo que se debatía no era la clase de carne que se podía comer. A los judíos creyentes que seguían las instrucciones de Dios ni siquiera les pasaba por la mente considerar como alimento la carne de los animales inmundos. La controversia tenía que ver más bien con la conciencia de cada creyente.

Al decir que era permitido consumir la carne de animales que se habían ofrecido a los ídolos, Pablo explicó que “un ídolo nada es en el mundo” (1 Corintios 8:4). El hecho de que el animal hubiera sido ofrecido a un dios pagano no afectaba la carne en lo más mínimo.

Pablo continuó diciendo: “Pero no en todos hay este conocimiento; porque algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina. Si bien la vianda no nos hace más aceptos ante Dios; pues ni porque comamos, seremos más, ni porque no comamos, seremos menos” (vv. 7-8).

Según Pablo, si un creyente compraba carne en la carnicería, o si en una invitación le ofrecían carne, no era necesario que averiguara si ésta había sido ofrecida a los ídolos (1 Corintios 10:25-27). Lo que más le preocupaba era que se tuviera en cuenta y respetara a quienes tenían una creencia diferente. Según sus instrucciones, en estos casos era preferible no comer carne para no ponerle tropiezo al hermano (1 Corintios 8:13; 10:28-29).

La controversia respecto a la carne sacrificada a los ídolos fue grande en la época del Nuevo Testamento. Este es el meollo de

muchas de las cosas que Pablo escribió acerca de la libertad cristiana. Las Escrituras hebreas no contienen referencias acerca de carne ofrecida a los ídolos, pero sí tienen instrucciones muy claras con respecto a cuáles carnes han de comerse y cuáles no. En el Nuevo Testamento, sin embargo, el asunto de las carnes ofrecidas a los ídolos era muy importante para algunos cristianos, según su conciencia y entendimiento.

La cronología es importante

Un dato muy significativo que a menudo se pasa por alto es la relación cronológica que existe entre las cartas que Pablo escribió a los corintios y a los romanos. Algunos están convencidos de que Romanos 14 respalda la idea de que los cristianos ya no están obligados a seguir las instrucciones bíblicas que prohíben el consumo de carnes inmundas. La clave, según ellos, es el versículo 14, en donde el apóstol dice: “Yo sé,

¿Qué significa ‘inmundo’ en Romanos 14?

En Romanos 14:14 el apóstol Pablo afirmó: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo”. ¿Significa esto que en la iglesia apostólica no se reconocía ninguna diferencia entre las carnes limpias y las inmundas?

El vocabulario griego de este versículo nos da una clave valiosa. Es importante que entendamos que en el Nuevo Testamento hay dos conceptos diferentes, provenientes de palabras griegas distintas, que han sido traducidas como “inmundo”. Así, por una parte *inmundo* se puede referir a aquellas carnes que no se deben comer (Levítico 11; Deuteronomio 14), y por otra puede referirse a la impureza ceremonial o ritual.

En Romanos 14 la palabra usada por Pablo es *koinos*, que significa “común”, “ordinario”, “perteneciente a la generalidad”, “profano” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1:284; 2:251; ver Hechos 2:44; 4:32; Tito 1:4; Hebreos 10:29; Judas 3). Esta palabra también se aplica a cosas contaminadas o corrompidas. En Marcos 7:2, 15-23 se usa *koinos* y su modo verbal *koinoo* al hacer referencia a la impureza ceremonial en que se hallaban los discípulos por haber comido sin lavarse las manos.

Con la ayuda de una concordancia bíblica podemos comprobar que *koinos* y *koinoo* se emplean varias veces en el Nuevo Testamento para referirse a la impureza o inmundicia ceremonial. Algo podía ser considerado “común”, o sea ceremonialmente inmundo, sin que por ello apareciera en la lista de carnes prohibidas o inmundas.

En cambio, la palabra que en el Nuevo Testamento se usa para referirse a las carnes inmundas es *akathartos*. En la Versión de los Setenta, o Septuaginta (la versión griega de las Escrituras usada en los días de Pablo), la voz *akathartos* se utiliza en Levítico 11 y Deuteronomio 14 para designar las carnes prohibidas.

En Hechos 10, al referirse a “los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo” (v. 12) que aparecieron en la visión de Pedro, se utilizan tanto *koinos* como *akathartos*. Había de todo, tanto animales limpios como inmundos. Pedro distinguía perfectamente la diferencia entre los dos conceptos de “inmundo”

y utilizó ambas palabras en el versículo 14. Una voz le dijo que matara y comiera, y Pedro respondió: “Señor, no; porque ninguna cosa común [*koinos*] o inmunda [*akathartos*] he comido jamás”. La mayoría de las traducciones de la Biblia hacen la distinción entre estas dos palabras griegas. Pedro volvió a usar la misma terminología en el versículo 28 de este capítulo y en Hechos 11:8 al relatar su visión.

Cuando Pablo escribió en Romanos 14:14: “Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo [*koinos*] en sí mismo”, estaba aclarando que aunque una carne considerada limpia según las instrucciones de Dios hubiera sido sacrificada a los ídolos, esto no quería decir que ya no era propia para el consumo humano. Como lo demuestra el contexto, Pablo no estaba refiriéndose a las restricciones alimentarias según la Biblia. Dicho sea de paso, este es el mismo asunto que ya les había aclarado a los cristianos de Corinto (ver 1 Corintios 8 y 10).

En Romanos 14:20 Pablo dijo: “Todas las cosas a la verdad son limpias”. La voz griega que aquí se traduce como “limpias” es *katharos*, que significa “libre de mezclas impuras, sin tacha” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 2:321). Como el tema de las carnes limpias no se aborda en el Nuevo Testamento, no encontramos un término específico para describirlas. *Katharos* es una palabra que se usa para describir todo lo referente a la limpieza y la pureza; sirve para designar desde un plato (Mateo 23:26), un cuerpo (Juan 13:10), las vestiduras (Apocalipsis 15:6; 19:8, 14), la religión “pura” (Santiago 1:27), hasta el oro y el cristal (Apocalipsis 21:18).

Es importante notar también que en Romanos 14:14 y 20 Pablo no señala ningún objeto específico con referencia a la limpieza o inmundicia. Simplemente afirma que “nada es inmundo [*koinos*: común o ceremonialmente inmundo] en sí mismo” y “todas las cosas a la verdad son limpias [*katharos*: libres de mezclas impuras, sin tacha]”. Lo que Pablo quería dejar en claro era que el hecho de que alguna comida hubiera estado asociada con la actividad idolátrica no era lo que determinaba si era propia o no para alimento. □

y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es”.

Pero esta afirmación desconoce por completo la perspectiva del autor y el contexto de la epístola dirigida a la congregación en Roma. Muchos eruditos de la Biblia coinciden en ubicar la Primera Epístola a los Corintios alrededor del año 55, y la Epístola a los Romanos, que fue escrita probablemente desde Corinto, alrededor del 56 ó 57. Como lo demostramos anteriormente, la controversia en Corinto acerca de la comida tenía que ver con la carne sacrificada a los ídolos. De seguro, cuando Pablo les escribió a los romanos desde Corinto tenía muy presente este tema, y esto es lo que debemos tener en cuenta para analizar el capítulo 14 de Romanos.

Entendamos el propósito de Pablo

Aquellos que aseveran que el capítulo 14 de Romanos invalida la ley de Dios acerca de las carnes limpias y las inmundas tienen que tergiversar las Escrituras para poder justificar su posición. La enseñanza que Pablo da, como el capítulo mismo lo comprueba, se origina en la carne sacrificada a los ídolos. (Esto concuerda completamente con la enseñanza dada en 1 Corintios 8, como veremos enseguida.)

El versículo 2 establece el contraste entre el que “come legumbres” y el que “cree que se ha de comer de todo” (esto es, carne y legumbres). En el versículo 6 se menciona el comer y el no comer, y hay varias interpretaciones al respecto: que se refiere al ayuno (no comer ni beber en ciertos días), que se refiere al vegetarianismo (comer sólo legumbres, verduras y frutas), o que se refiere a comer o no comer de la carne sacrificada a los ídolos.

El versículo 21 nos comprueba que el tema fundamental de este capítulo es la carne ofrecida a los ídolos: “Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite”. En el mundo romano era muy común ofrecer a los ídolos tanto carne como vino. De estas ofrendas, más tarde se vendían porciones en los mercados.

Respecto al versículo 2, una glosa en la *Life Application Bible* (“Biblia del diario vivir”) anota: “El sistema antiguo de sacrificio era el centro de la vida religiosa, social y nacional del mundo romano. Después que se presentaba el sacrificio a un dios en un templo pagano, sólo se quemaba una parte de él. Lo que quedaba, a menudo se enviaba al

mercado para la venta. Así fácilmente, aun sin darse cuenta, un cristiano podía comprar dicha carne en el mercado o comerla en la casa de un amigo. ¿Debía el cristiano preguntar acerca del origen de esta carne? Algunos pensaron que no había nada malo en comer carne ofrecida a los ídolos, ya que éstos eran dioses inútiles y falsos. Otros, para evitar una conciencia de culpa, con cuidado averiguaban el origen de la carne o simplemente no la consumían. El problema era particularmente serio para los cristianos que alguna vez adoraron ídolos. Para ellos, tal recuerdo firme de sus días paganos podía debilitar su nueva fe. Pablo trató este tema también en 1 Corintios 8”.

¿Cuál es la enseñanza fundamental que Pablo imparte en Romanos 14? En su diario vivir, cada creyente tenía varias opciones en lo que a este asunto se refería. Si por ningún motivo quería comer carne sacrificada a ídolos, para no correr ningún riesgo de ofender su conciencia, podía ayunar o seguir un régimen vegetariano; si no existía ningún problema de conciencia, bien podía comer la carne. Es dentro de este contexto que Pablo dice: “Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente” (v. 5), “y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (v. 23).

En cierta forma, Romanos 14 es el capítulo de la libertad cristiana, porque respecto a la carne sacrificada a los ídolos la persona actúa dentro del marco de la ley de Dios, pero es guiada por su propia conciencia. Si lo miramos dentro de este contexto, el capítulo 14 de Romanos ni siquiera insinúa que se puede comer cerdo ni ninguna otra carne inmunda. Cuando entendemos que en el Nuevo Testamento la controversia acerca de la comida giraba en torno a la carne sacrificada a los ídolos, y que no tenía absolutamente nada que ver con las leyes bíblicas sobre las carnes limpias y las inmundas, otros pasajes también se nos aclaran.

Debate sobre los lavamientos rituales

Por otra parte, muchos consideran que en la discusión con los fariseos registrada en Marcos 7:1-23, Jesús anuló los estatutos dados en Levítico 11 y Deuteronomio 14 con respecto a los animales cuya carne es propia para el consumo humano. De hecho, en la mayoría de las traducciones del Nuevo Testamento el versículo 19 concluye con esta frase: “Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos”. Pero ¿está de acuerdo esta frase con el significado y pro-

pósito de todo el pasaje? ¿Qué fue lo que Jesús dijo, o no dijo, realmente?

Como ya hemos mencionado, uno de los principios básicos para entender un pasaje bíblico es analizar el contexto en que se encuentra. Entendamos, pues, de qué se habla aquí.

Primero debemos tener en cuenta que el vocablo griego *broma*, usado en el versículo 19, significa sencillamente “comida”. Cuando en el Nuevo Testamento se habla específicamente de la carne de los animales, el vocablo que se emplea es *kreas* (ver Romanos 14:21; 1 Corintios 8:13). Por lo tanto, el pasaje que nos ocupa está relacionado en alguna forma con la comida en general, no sólo con las carnes. Sin embargo, si lo analizamos un poco más nos daremos cuenta de que la verdadera controversia nada tenía que ver con qué alimentos se debían o no comer.

Los dos primeros versículos nos ayudan a entender el contexto: “Se juntaron a Jesús los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; los cuales, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas, los condenaban”. Entonces le preguntaron: “¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas?” (v. 5).

Ahora el asunto se aclara un poco más. Se refiere al comer “con manos inmundas”. ¿Por qué les preocupaba esto a los escribas y fariseos?

El pacto que Dios hizo con Israel en el monte Sinaí estaba basado en muchas leyes y otros estatutos que tenían que ver con la pureza ritual. Pero la práctica judía muchas veces se apartaba de éstos por seguir la “ley oral” o “tradición de los ancianos”, la cual consistía en muchos requisitos y prohibiciones agregados a las leyes de Dios *por hombres*. En los versículos 3-4 podemos ver una breve explicación de la costumbre específica a la que los fariseos y escribas se estaban refiriendo: “Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen . . .”

Observemos que aquí no se menciona ley alimentaria alguna. El asunto era la *pureza ritual* basada en las tradiciones de la ley oral. Los discípulos estaban siendo criticados por no cumplir con la *ceremonia de lavado de manos* ordenada por esas veneradas tradiciones religiosas.

Con respecto a los antecedentes de los versículos 3-4, una obra de consulta nos

ofrece una explicación de esta costumbre: “En estos versículos Marcos da una explicación de un . . . rito de lavado de manos que corresponde a los pormenores dados en el tratado *Yadayim* de la Misná [la Misná es una versión escrita de la tradición oral]. En el mercado uno puede tocar cosas ceremonialmente impuras; la impureza se elimina enjuagándose hasta la muñeca. Hoy en día

bondad, fe, mansedumbre, [y] templanza” (vv. 22-23). Todo este fruto es el producto de un corazón espiritualmente puro.

Los ritos de lavado y purificación del antiguo pacto eran representaciones físicas de la purificación espiritual que se ofrecería en el nuevo pacto (Hebreos 9:11-14). Por eso el apóstol Pablo escribió que Jesús “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de

todo esto él no descarta completamente las ampliaciones farisaico-rabínicas de las leyes de pureza, pero las considera de menor importancia” (Stern, *op. cit.*, p. 93).

¿Qué podemos decir, entonces, de Marcos 7:19? En la última parte del versículo leemos lo siguiente: “Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos” (Reina-Valera, revisión de 1960). Sin embargo, en la revisión de 1977 de esta Biblia el versículo 19 se tradujo de esta manera: “porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la cloaca, purificando todos los alimentos”.

Este versículo es especialmente interesante, porque hay un error de traducción y esto nos sirve para ilustrar el hecho de que es muy importante leer el contexto y, además, comparar diferentes versiones de la Biblia. En este caso, el contexto contiene la clave para entender el verdadero significado del pasaje y también para determinar cuál es la traducción más acertada.

El significado claro del versículo 19, tal como aparece en la revisión de 1977, es que mediante los aparatos digestivo y excretor el cuerpo asimila los alimentos y elimina las partículas de polvo que puede haber en ellos. Pero ¿es correcta esta traducción?

Si nos atenemos al medio cultural del pueblo judío, en el que sólo se consumían las carnes limpias (según Levítico 11 y Deuteronomio 14), y si tenemos en cuenta que lo que se estaba discutiendo en este pasaje era la necesidad de lavarse las manos de cierta manera antes de comer, resulta obvio que la versión Reina-Valera de 1977 es la que encaja perfectamente con el contexto. Conviene mencionar también que las palabras *Esto decía*, refiriéndose a Jesús, no aparecen en los manuscritos originales griegos, sino que fueron agregadas por los traductores, quizá en un intento por interpretar el pensamiento de Marcos.

Además de analizar el contexto, otra clave para entender correctamente un versículo de la Biblia es examinar otros pasajes relacionados con el tema que se estudia. En este caso tenemos la ventaja de que en Mateo 15 se menciona el mismo incidente y se aclara aún más el asunto. Jesús dijo: “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias [todas estas cosas son infracciones de la ley de Dios y, por tanto, pecados]. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero *el comer con las manos sin lavar* no contamina al hombre” (vv. 19-20).

El capítulo 2 de Colosenses es una exhortación a la Iglesia de Dios para que no abandone la sana enseñanza y las prácticas correctas. Este pasaje no es ningún tratado acerca de cuáles son las carnes que debemos comer y cuáles son los días en que debemos adorar a Dios.

los judíos ortodoxos practican [el lavado ritual de manos] antes de las comidas. La razón de esto no tiene nada que ver con la higiene, sino que está basada en la idea de que ‘el hogar de uno es su templo’ y la mesa es su altar, la comida es su sacrificio y uno mismo es el [sacerdote]. Debido a que el [Antiguo Testamento] exige que los [sacerdotes] estén ceremonialmente puros antes de ofrecer sacrificios en el altar, la [ley] oral exige lo mismo antes de comer” (David Stern, *Jewish New Testament Commentary* [“Comentario judío del Nuevo Testamento”], 1995, p. 92).

Ya en la época de Jesús, para muchos judíos eran muy importantes estos ritos *agregados* y, por practicarlos, en algunas ocasiones descuidaban y hasta violaban los principios básicos de la ley de Dios (Mateo 23:1-4, 23-28).

La purificación espiritual

Después de censurar la hipocresía de estas y otras tradiciones religiosas de su época, Jesús llegó al meollo del asunto. Lo que les explicó demuestra que es mucho más importante cuidarse de lo que *sale del corazón*, que de lo que se mete en la boca (Marcos 7:15), y agregó: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (vv. 21-23).

En Gálatas 5:19-21 se mencionan varias de estas características negativas como “obras de la carne”; son todo lo contrario de lo que es “el fruto del Espíritu”, que es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad,

toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

Una de las enseñanzas básicas de Jesucristo es: “Bienaventurados los de limpio corazón . . .” (Mateo 5:8).

¿Las manos o el corazón?

En Marcos 7 Jesús explicó que el lavado de manos no es necesario para la pureza o salud espirituales. Dijo que “todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina . . .” (vv. 18-19).

En otras palabras, lo que Jesús dijo es que cualquier partícula de suciedad que no pudiera ser eliminada por medio del minucioso lavado ritual de manos, sería eliminada por medio de los aparatos digestivo y excretor, y no tendría efecto alguno sobre la verdadera pureza de la persona (su mente o corazón). Debido a que la pureza espiritual tiene que ver con el corazón, los lavados ceremoniales no son necesarios, ni pueden evitar la contaminación espiritual.

En una nota sobre el versículo 19, el citado comentario judío resume bien el significado global de este pasaje: Jesús “no abrogó, como muchos suponen, las leyes de *kashrut* [kosher, término que significa “adecuado, propio”], ¡haciendo así limpio el jamón! Desde el principio del capítulo, el tema ha sido la pureza ritual . . . y de ninguna manera las leyes alimentarias! En este versículo no existe ni la más remota insinuación de que las comidas aquí mencionadas se refieran a algo diferente de lo que la Biblia permite comer . . . en otras palabras, comida *kosher* . . .”

“Más bien, [Jesús] continúa su discurso acerca de la prioridad espiritual (vv. 6-13). Enseña que [la pureza] no es primeramente ritual o física, sino espiritual (vv. 14-23). En

El hecho es que en ningún pasaje del Nuevo Testamento se encuentra el caso de algún cristiano que haya comido carne considerada inmunda; en la Biblia sencillamente no existe nada parecido. Por el contrario, encontramos pasajes en los que el apóstol Pablo nos exhorta a que guardemos todas las leyes de Dios (Hechos 24:14; 25:8; Romanos 3:31; 7:12, 22). Así también lo hacen Santiago, medio hermano de Jesús, y Juan (Santiago 2:8-12; 4:11; 1 Juan 3:4). Violar las leyes alimentarias de Dios habría sido simplemente inimaginable para ellos.

La controversia en Colosas

Con base en lo que Pablo escribió en Colosenses 2:16: “Nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo”, algunos afirman que los cristianos de Colosas comían cerdo y otras clases de carne que anteriormente se habían considerado inmundas. Pero la Biblia no ofrece respaldo para esta conclusión.

De hecho, este pasaje nada tiene que ver con el tema de las carnes limpias y las inmundas; Pablo no se refería a la clase de carnes que estaban consumiendo los colosenses. Según el *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, la voz griega *brosis*, traducida por “comida” en este versículo, denota “el acto de comer” (1984, 1:272). Por su parte, el *Comentario exegetico y explicativo de la Biblia*, de Jamieson, Fausset y Brown, aclara que las palabras griegas traducidas como “comida” y “bebida” en este versículo significan “comer y beber” (1969, 2:520). Por consiguiente, el tema era el *hecho* de comer o beber, no el tipo de carne que consumían los colosenses.

Aunque muchos suponen que esta advertencia de Pablo es una crítica contra quienes enseñaban la validez de algunas prácticas del Antiguo Testamento (tales como cumplir la ley y practicar la circuncisión), no tienen pruebas de ello. Sin embargo, debemos reconocer que en aquella época, tanto en el judaísmo como en la iglesia apostólica, no faltaban las tergiversaciones de las enseñanzas y prácticas bíblicas. “Estas falsas enseñanzas iban mucho más allá del judaísmo. Sus maestros creían en los intermediarios espirituales, o sea ángeles a los que ellos adoraban, e insistían en un ascetismo muy rígido” (*International Standard Bible Encyclopaedia* [“Enciclopedia internacional general de la Biblia”], 1956, 2:677).

La falsa enseñanza condenada por Pablo tenía muchos elementos del ascetismo (filosofía según la que era pecaminoso todo lo que produjera gozo) con el cual se pretendía hacer más espirituales a los que la seguían. Notemos lo que les escribió a los colosenses: “Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2:20-23).

Este pasaje muestra varios aspectos ascéticos del error que Pablo estaba atacando. En su intento descaminado por ser más espirituales, los falsos maestros adoptaban un “duro trato del cuerpo” (v. 23). El apóstol resumió las rígidas normas ascéticas con es-

tas frases: “No manejes, ni gustes, ni aun toques” (v. 21). Estas prácticas no podían lograr nada verdadero porque estaban basadas en “mandamientos y doctrinas de hombres” (v. 22), no en las instrucciones de Dios.

Pablo amonestó a los cristianos de Colosas para que no prestaran oídos a estos maestros del ascetismo. En lugar de abolir las normas alimentarias de Dios (que es lo que algunos suponen que este pasaje significa), Pablo les dijo a los colosenses que no se preocuparan por lo que decían los maestros del ascetismo, quienes los criticaban por la forma en que guardaban el sábado y las demás fiestas bíblicas. Para los ascetas, las observancias cristianas llenas de gozo y deleite eran censurables, pero a los ojos de Dios no tenían nada de malo. (Si desea estudiar más a fondo el tema de las fiestas bíblicas, le invitamos a que nos solicite dos publicaciones gratuitas: *Las fiestas santas de Dios* y *El día de reposo cristiano*.)

El capítulo 2 de Colosenses fue más bien una exhortación a la iglesia para que no abandonara la sana enseñanza y las prácticas correctas. Este pasaje no es ningún tratado acerca de cuáles son las carnes que debemos comer y cuáles son los días en que debemos adorar a Dios. Es muy importante que al estudiar este y otros pasajes, demos de lado las ideas preconcebidas.

Las instrucciones a Timoteo

Otro de los pasajes que con frecuencia se interpretan erróneamente es 1 Timoteo 4:3-5, donde el apóstol Pablo escribió acerca de las enseñanzas de cierto tipo de falsos maestros: “Prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido

No es sólo cuestión de dieta

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, no encontramos un solo ejemplo de un siervo de Dios o discípulo de Jesucristo que haya comido la carne de un animal inmundo. Si en algún momento hubiera dejado de existir la diferencia entre las carnes limpias y las inmundas, ¿no sería de esperar que encontráramos cuando menos el ejemplo de alguno de los siervos de Dios?

Pero sucede exactamente lo contrario. Lo que encontramos es que los miembros de la Iglesia de Dios en el primer siglo evitaban escrupulosamente comer la carne de los animales designados por Dios como impuros (Hechos 10:14; 11:8). En algunas profecías relativas a los tiempos del fin también aparece esta diferencia (Apocalipsis 18:2; Isaías 66:15-18).

No es solamente cuestión de dieta. Un cuidadoso estudio de la Biblia nos ayuda a comprender otros aspectos de la importancia que tiene la diferencia entre las carnes limpias y las inmundas.

En la Palabra de Dios se nos dice que la carne de los animales inmundos es “abominación” (Levítico 11:10-13, 20, 23, 41-42) y “abominable” (Deuteronomio 14:3) y es dentro de este contexto que Dios nos lo advierte para que no la consumamos (Levítico 11:43). Son palabras fuertes, pero lo que dejan muy en claro es que debemos aceptar todo lo que la Palabra de Dios nos dice, incluso las leyes básicas acerca de los alimentos tal como están expresadas en Levítico 11 y Deuteronomio 14.

Cuando Dios instituyó el sistema de sacrificios del antiguo Israel, ordenó que se sacrificaran varios tipos de animales para las diferentes ofrendas. Pero ningún animal impuro podía ser ofrecido en sacrificio, y no existe un solo ejemplo de un siervo de Dios que lo hubiera hecho. Para un verdadero siervo de Dios era inimaginable ofrecer semejante sacrificio, porque habría sido una grave afrenta para el Todopoderoso. □

la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado”.

¿Qué era lo que pretendían estos falsos maestros? ¿Acaso Pablo estaba advirtiendo a Timoteo acerca de maestros “judaizantes” que exigían la obediencia a las leyes alimentarias de Dios, o se trataba de algo muy distinto?

Tomemos nota de un detalle muy significativo. Pablo le dijo a Timoteo que “toda la Escritura” (esto es, lo que ahora se conoce como el Antiguo Testamento) era “inspirada

tos alimentos). Esto los hacía aparecer muy disciplinados y justos”.

En 1 Timoteo 4:1, Pablo aclara el verdadero origen de estas herejías; en lugar de tener su origen en la Biblia, provenían de “espíritus engañosos” y eran “doctrinas de demonios”. Podemos ver que el problema que se trataba en este pasaje tenía que ver con un ascetismo mundano y pervertido, no con la obediencia a las normas alimentarias de Dios.

Cuando Pablo escribió esto, tenía en mente a aquellos “creyentes y los que han conocido la verdad” (v. 3), es decir, los que tenían

momento en que Cristo regresará a la tierra para establecer el Reino de Dios. Cuando entendemos la voluntad de Dios para el futuro podemos tener más certeza sobre lo que debemos hacer en el presente.

En el último libro de la Biblia, al hacer referencia a los acontecimientos finales que nos conducirán al regreso de Cristo, se emplea esta frase: “albergue de toda ave inmunda y aborrecible” (Apocalipsis 18:2). Si los conceptos de limpio e inmundo ya no tienen ninguna validez, ¿por qué Jesús inspiró a Juan esta expresión? ¿Será porque él y Dios no cambian? (Santiago 1:17; Malaquías 3:6; 4:4; Hebreos 13:8; Mateo 5:17-19). Los animales que Dios clasificó como inmundos hace miles de años, aún serán inmundos en el futuro.

En otro pasaje que habla acerca del tiempo del retorno de Cristo, encontramos lo siguiente: “He aquí que el Eterno vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para descargar su ira con furor, y su reprensión con llama de fuego. Porque el Eterno juzgará con fuego y con su espada a todo hombre; y los muertos del Eterno serán multiplicados. Los que se santifican y los que se purifican en los huertos, unos tras otros, *los que comen carne de cerdo y abominación y ratón*, juntamente serán talados, dice el Eterno” (Isaías 66:15-17). Aquí vemos que al retorno de Cristo será prohibido el consumo de cosas inmundas, y quienes lo hagan recibirán castigo.

Es muy claro lo que dice la Biblia: la diferencia entre las carnes limpias y las inmundas ha existido desde mucho antes de que fuera escrito el Nuevo Testamento; los apóstoles y los primeros miembros de la Iglesia de Dios siguieron estas instrucciones y actualmente también las practican los que “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17).

Como hemos visto, estas leyes seguirán vigentes hasta el regreso de Cristo, y cuando él venga las hará cumplir. En el primer siglo, muchos cristianos tuvieron que luchar con la objeción de conciencia que sentían respecto a la carne que había sido sacrificada a los ídolos, pero la Biblia nos muestra que también obedecían las leyes de Dios acerca de las carnes limpias y las inmundas. ¿No debemos obedecerlas nosotros también?

Dios formuló y reveló sus leyes para nuestro bien. “La devoción a Dios es útil para todo, porque nos trae provecho para esta vida y también para la vida futura” (1 Timoteo 4:8, Versión Popular). □

El apóstol Pablo nos exhorta con estas palabras:

“Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 6:17-7:1).

por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). ¿Cómo puede afirmarse entonces que le estaba diciendo a Timoteo que hiciera caso omiso de las instrucciones que se encontraban en esas mismas Escrituras?

Las propias palabras de Pablo nos aclaran cuál era la situación realmente: había maestros que estaban exigiendo a las personas cosas que Dios no había ordenado. Ellos prohibían casarse, algo que en la Biblia no sólo no aparece, sino que se recomienda exactamente lo contrario; a los ojos de Dios, el matrimonio es algo muy positivo. Además, los falsos maestros mandaban “abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad”.

En la *Life Application Bible* (“Biblia del diario vivir”) encontramos una explicación acerca del error que Pablo estaba tratando aquí: “El peligro que Timoteo enfrentó en Éfeso parece haber venido de ciertas personas en la iglesia que seguían a algunos filósofos griegos que enseñaban que el cuerpo es malo y que sólo el [espíritu] importaba. Los falsos maestros rehusaban creer que el Dios de la creación era bueno, porque su sólo contacto con el mundo físico lo hubiera ensuciado . . . [Los falsos maestros] establecían normas estrictas (como prohibir al pueblo a que se casara o que comiera cier-

conocimiento de las Escrituras y, por tanto, de las leyes que Dios había dado respecto a la alimentación, y que podían identificar cuáles carnes habían sido “santificadas” para nuestra alimentación y deleite “por la palabra de Dios y por la oración” (v. 5). Exhortó a Timoteo para que en lugar de dejarse llevar por lo que enseñaban estos maestros del ascetismo, tuviera las Escrituras como base y punto de referencia en todo.

Así como Pablo desenmascaró el ascetismo en Colosas, así también alertó a Timoteo acerca de la misma falsedad. En ninguno de los dos pasajes se trataba de las instrucciones de Dios respecto a los alimentos.

Miremos todo el panorama

Como hemos visto, no hay ninguna prueba bíblica para suponer que bajo el nuevo pacto los cristianos de la iglesia apostólica dejaron de obedecer las leyes de Dios respecto a las carnes limpias y las inmundas. En cambio, lo que sí encontramos son las palabras claras e inequívocas de uno de los apóstoles quien, dos décadas después de la muerte y resurrección de Jesucristo, declaró: “Ninguna cosa común o inmunda he comido jamás” (Hechos 10:14).

¿Podemos encontrar en la Biblia alguna referencia acerca de la vigencia y la aplicación de estas leyes? Dejemos el presente por un momento y trasladémonos hasta el

